

5374

M

ALFONSO DAUDET

EL HERMANO



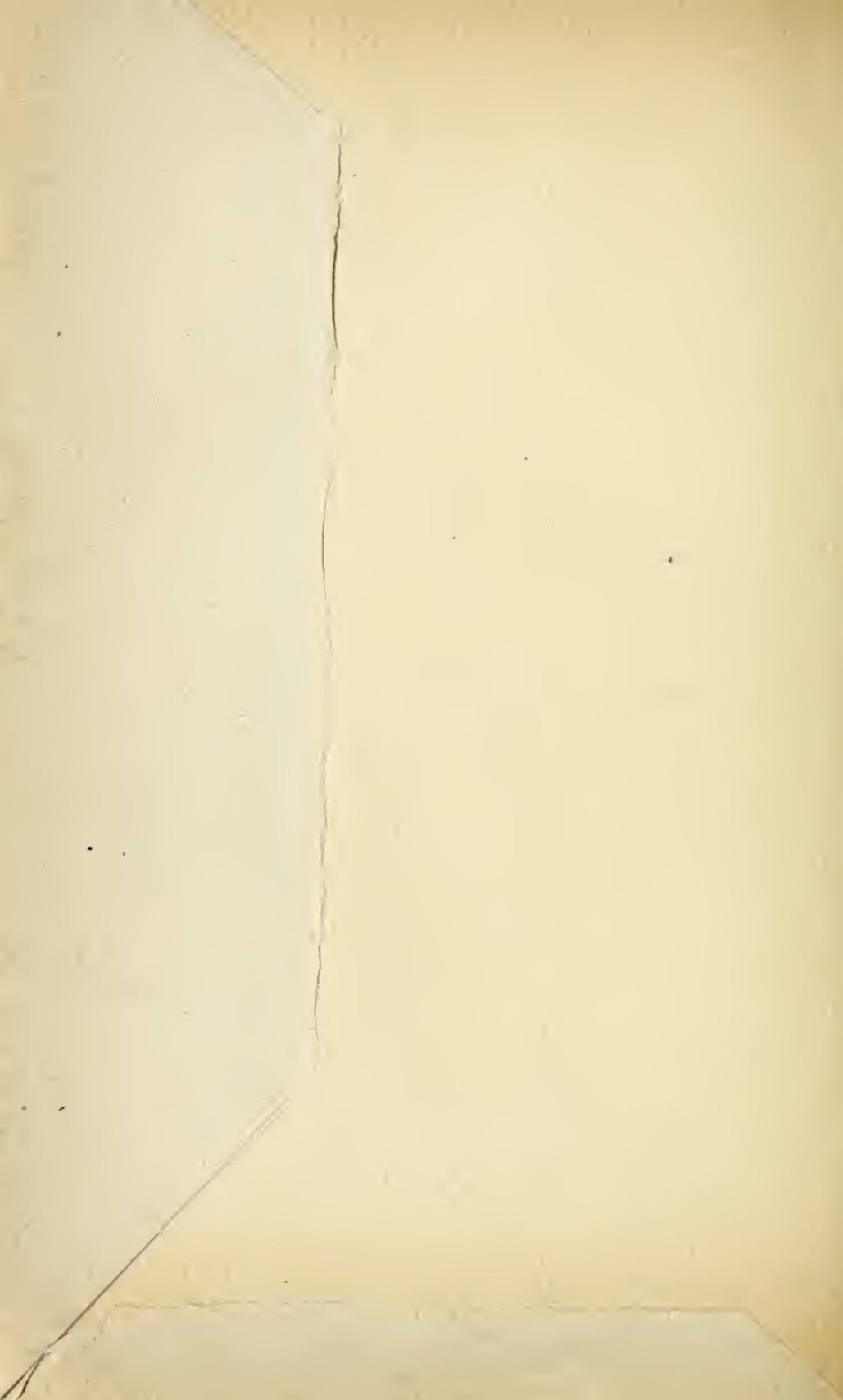
MADRID

PEREZ, PARZ Y COMPAÑIA, EDITORES

Quintana, 31

1900

1



EL HERMANO



Digitized by the Internet Archive
in 2013

ALFONSO DAUDET

EL HERMANO

COMEDIA EN UN ACTO

VERSION CASTELLANA DE

G. MARTINEZ SIERRA

SE REPRESENTÓ POR PRIMERA VEZ
EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE ALFONSO, DE MADRID,
LA NOCHE DEL 13 DE DICIEMBRE DE 1908



MADRID

TIPOGRAFÍA DE LA REVISTA DE ARCH., BIBL. Y MUSEOS
Infantas, 42, bajo.

1909

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

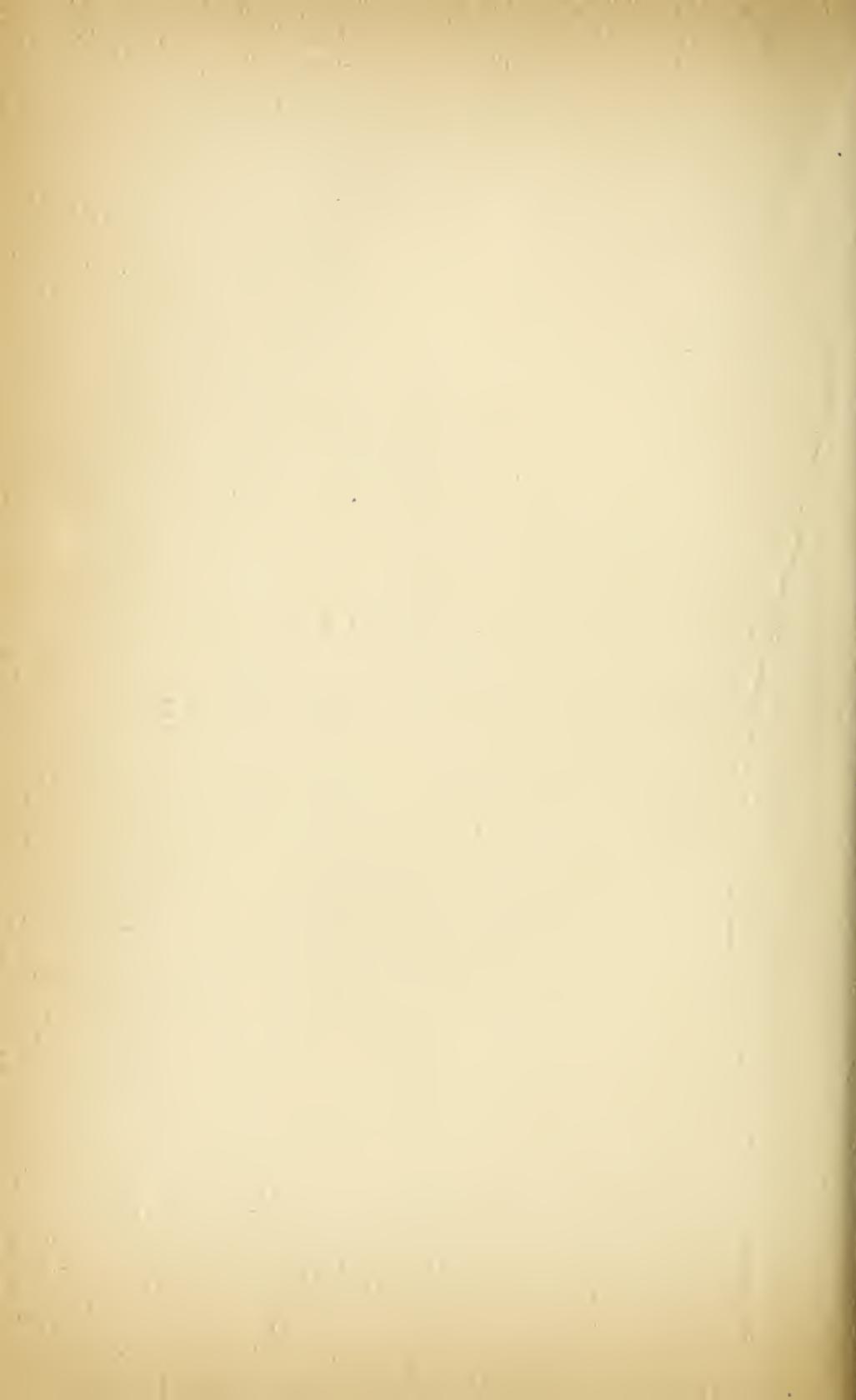
El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

REPARTO

AGUSTÍN.	Sr. Porredón.
ANDRÉS.	— Montenegro.
CLARA.	Srta. Rodríguez.
JUAN.	Sr. Infiesta.



ACTO UNICO

Un salón en una casa de campo.—Puerta en el fondo que da á un pórtico con marquesina.—En el horizonte, montañas.—Puertas laterales.—A la izquierda, una chimenea.—En el fondo del salón, á la derecha, un piano.—En primer término, á la derecha, una ventana que da al campo.

ESCENA PRIMERA

AGUSTÍN y JUAN.

Al levantarse el telón, la escena está vacía.—AGUSTÍN aparece en el fondo bajo la marquesina y mira lentamente en derredor suyo.—JUAN le sigue lleno de asombro.

JUAN, entrando.

¡Acabará este señor por decir lo que quiere!

AGUSTÍN, en el pórtico.

¡Ni el jardín, ni la casa... nada ha cambiado... nada! Los árboles no han crecido. Entra y mira á de-

recha é izquierda. Los muebles son los mismos de siempre.

JUAN, tímidamente.

Por lo visto el señorito conoce la casa.

AGUSTÍN.

Esta mesa... estos sillones... Y los candelabros... los candelabros que eran de nuestro abuelo... nada ha cambiado de sitio. Se acerca á la chimenea.

JUAN, aparte.

Puede que sea ese señor de Perpiñán que tiene que venir á componer el reloj.

AGUSTÍN, delante de la chimenea, en pie.

¡Qué emoción tan extraña me causa ver todas estas cosas!

JUAN.

Sí que llega usted á tiempo, porque el reloj anda como loco hace cosa de dos meses, y creo que al mío de bolsillo no le vendría tampoco mal un poco de aceite.

AGUSTÍN, se aleja de la chimenea y sigue mirando por todas partes hasta que se detiene delante del piano.

¡Un piano! ¿Para qué? A JUAN. ¿Quién toca aquí el piano?

JUAN, estupefacto.

¿Eh? ¿Que quién toca el piano? Vaya una pregunta. ¡La señora!

AGUSTÍN.

Parece que han aprendido á tocar el piano desde que me marché. ¡Hay tiempo de aprender tantas cosas en cuatro años!

JUAN, aparte.

¡Vamos, ya entiendo! No es el señor de Perpiñán que iba á venir á arreglar el reloj; pero de seguro es el otro señor de Perpiñán que tiene que venir á afinar el piano.

AGUSTÍN.

¡Qué es esto! ¿Qué me pasa? Se me doblan las piernas; se me va la cabeza... Cae sentado á la izquierda.

JUAN.

¡Me gusta! El buen señor no se anda con chiquitas. Eh, caballero; si no quiere usted decir quién es, no puede usted quedarse aquí más tiempo.

AGUSTÍN.

¡Muy bien dicho! ¿Cómo te llamas?

JUAN.

Me llamo... me llamo como me pusieron en la pila, y le advierto á usted que si viene usted con ánimo de molestar, aquí también sabemos dónde nos aprieta el zapato.

AGUSTÍN.

Vamos, cálmate, montañés arrogante. Vamos á ver: ¿sabes dónde está tu amo?

JUAN.

El señorito ha ido á visitar una viña, aquí á dos pasos de casa, y pronto le puedo ir á buscar, si es que no me basto y me sobro solo para ponerle á usted de patitas en la calle.

AGUSTÍN.

Pues mira: vas á ir en seguida á buscar á tu amo y le dices que hay aquí un caballero que quiere hablarle.

JUAN.

¿Qué caballero?

AGUSTÍN.

Que venga y lo verá; y en pago de todo el mal humor que te estoy causando hace un rato, toma esto, que te tranquilizará de seguro. Le alarga una

moneda de plata. Tómallo, hombre, no tengas miedo, que no es falsa.

JUAN, tomando la moneda.

La verdad es que no parece usted mala persona, y voy á complacerle á usted avisando al señorito. Pero... Se acerca á la puerta andando de espaldas. como todavía no le conozco á usted mucho y mientras yo me voy va usted á estar solo en casa, con permiso de usted cerraré la puerta; es decir, no hace falta, porque allí viene el señorito.

AGUSTÍN.

¿Solo? ¡Corazón, más despacio!

ESCENA II

AGUSTÍN, JUAN y ANDRÉS.

ANDRÉS entrando, muy sorprendido.

¡Agustín!

AGUSTÍN se levanta, y con los ojos llenos de lágrimas alarga los brazos á ANDRÉS, que se precipita en ellos.

¡Andrés! ¡Andrés!

Quedan un momento estrechamente abrazados.

ANDRÉS.

Deja que te mire; me parece que no te he visto nunca. Eres tú, tú, Agustín, mi hermano Agustín, nuestro Agustín.

AGUSTÍN, sonriendo.

Agustín en persona. Otro abrazo... ¡No puedes figurarte la alegría que es para mí volver á verte!

ANDRÉS.

Pero... dime: ¿cómo? ¿cuándo? ¿por qué? Habla; no, no hables, primero siéntate. ¡Ajajá! Ya no te vuelves á marchar, ¿eh? Has vuelto para siempre, ¿verdad?

AGUSTÍN.

Sí, sí, ¡para siempre!

ANDRÉS.

¿No te separarás ya nunca de nosotros?

AGUSTÍN.

¡Nunca!

ANDRÉS.

¿Nos lo prometes?

AGUSTÍN, sonriendo.

¡Os lo prometo!

ANDRÉS, yendo y viniendo por la habitación como loco.

¡Dios mío, Dios mío, qué alegría! Agustín, Agustín ha vuelto. ¿Cómo acostumbrarme á creer que es verdad? ¡Agustín ha vuelto!

AGUSTÍN.

¡Ay, chiquillo, qué gusto me da verte correr por la casa como cuando eras pequeño!

ANDRÉS.

Es que no he cambiado, soy como siempre: el niño, ya verás.

AGUSTÍN.

Ya lo veo... Y á mí, ¿me encuentras cambiado?

ANDRÉS.

A ver... sí, un poco. Señor: ¡ya tienes canas! ¿Es posible á tu edad?.. ¿Has sufrido mucho desde que te marchaste?

AGUSTÍN.

Yo... ¿sufrir? No. Un solterón no sufre nunca... Son los viajes; ¿quién sabe? Al pasar por Terranova puede que me haya caído en la cabeza un poco de nieve. Pero ella se derretirá con este sol tan hermoso.

ANDRÉS.

¿Terranova? ¿Has ido á Terranova? ¡Ya es un viajecito! Verdad es que en cuatro años hay tiempo de ir á Terranova... de ir varias veces, y hasta de volver como tú has vuelto. Pero ¿dónde has dejado el coche? ¿Dónde tienes el equipaje? ¿Por dónde has venido?

AGUSTÍN.

Como quería llegar sin armar ruido, para sorprenderos un poco...

ANDRÉS.

¡Un poco!

AGUSTÍN.

He dejado el coche detrás de los olivos de San Vicente y he venido paseando. Ahora, que hagan el favor de ir á buscarle y bajar los baúles.

ANDRÉS, aparte.

Ya lo oyes, Juan.

JUAN, que estaba retirado, respetuosamente se acerca.

Está bien, señorito.

ANDRÉS.

Anda á decir al cochero que acerque aquí el coche. Subes los equipajes del señorito á su cuarto.

Porque tu cuarto está como siempre, Agustín; nadie lo ha tocado. Puede que esté un poco frío. ¿Quieres el mío? Eso es, el mío. ¡Qué tonto soy! Toda la casa es tuya; de modo que te instalas donde te parezca.

AGUSTÍN, riendo.

Déjame en paz de cuartos. ¿Qué importa el cuarto siendo en la casa de los que quiero?

ANDRÉS.

Tienes razón. A JUAN. ¡Listo!.. y si encuentras... ya sabes... ni una palabra.

JUAN.

Sí, señorito. ¿Detrás de los olivos ha dicho el señorito?

AGUSTÍN.

Sí. Ah, oye: en el coche hay una cajita blanca; esa no la subas con los baúles: tráela aquí en seguida. A ANDRÉS. Una sorpresa, ¿sabes?

JUAN, riéndose.

Para la señora; cualquiera lo adivina. Sale.

ESCENA III

AGUSTÍN y ANDRÉS.

ANDRÉS, en pie, delante de AGUSTÍN.

¡Cuatro años! ¡Cuando pienso que hace ya cuatro años! ¡Cuatro años sin verse, Agustín!

AGUSTÍN, con un poco de azoramiento.

¿A qué hablar del pasado? Ya estamos reunidos; ¿qué más podemos desear?

ANDRÉS.

Es que, ya ves tú, aunque pasemos juntos todo lo que nos queda de vida, siempre me faltarán cuatro años en la cuenta. ¡Por mucho que hagas, me los deberás siempre!

AGUSTÍN, sonriendo.

Ya ves que me arrepiento. No me riñas más.

ANDRÉS.

Tienes razón: se acabó. Más bajo. Sin embargo, un día ú otro tendrás que confesarme qué es lo que te hizo huir de nuestra casa, de esta casa en la que habíamos jurado vivir y morir juntos; ¡esta casa donde murieron el padre y la madre! La verdad,

la verdad, ¿qué te pasó? Porque ya ves tú, es raro, nosotros que éramos tan felices, que habíamos vivido siempre tan unidos...

AGUSTÍN.

Basta, te lo pido. Me hace daño oírte. Sí, Andrés, cualquier día sabrás lo que quieres saber, te lo prometo: te lo diré todo; pero más tarde. Hoy me costaría demasiado confesártelo. Hablemos de ti, de vosotros, de tu felicidad y la suya; cuéntame vuestra vida, vuestra hermosa vida, que tanto deseo conocer y que será la mía de hoy en adelante. ¡Qué felices vamos á ser los tres!

ANDRÉS.

Sí, muy felices... ¡Y pensar que te he llegado á aborrecer! Sí, he pasado meses enteros aborreciéndote, pero de verdad. ¿No lo crees? Había prohibido que pronunciasen tu nombre delante de mí; verdad es que yo era el primero en olvidar la prohibición.

AGUSTÍN, bajando la voz.

También ella se debió enfadar mucho conmigo, ¿verdad?

ANDRÉS.

¿Ella? ¿Ella?... ¿Hablas de Susana?

AGUSTÍN.

¡Naturalmente!

ANDRÉS.

¡No, la pobre, no! No estuvo nunca enfadada contigo. ¡Nunca supo enfadarse con nadie!

AGUSTÍN.

Es verdad; pero te quería tanto, que bien hubiera podido odiarme un poco por cariño hacia ti.

ANDRÉS.

No, no...; es decir, creo que no... Además, Susana no hablaba casi nunca de ti; no pronunciaba tu nombre, por temor á disgustarme, sin duda.

AGUSTÍN, á quien estas últimas palabras han hecho estremecer.

Sí, comprendo. Silencio corto. ¡Cómo os queríais, Andrés, cuando me marché!

ANDRÉS, bajando la cabeza.

¡Es verdad, nos queríamos mucho!

AGUSTÍN, mirándole atentamente.

Y ahora, ¿eres tan dichoso como entonces?

ANDRÉS.

¿Por qué me preguntas eso, Agustín? De sobra sabes que no puedo contestarte.

AGUSTÍN.

¿Por qué? ¿Qué dices? ¿Acaso tu felicidad no lo es mía también? ¿Por qué no quieres que te pregunte si eres feliz?

ANDRÉS, haciendo un esfuerzo.

¿Es de mi felicidad presente ó es de mi felicidad pasada de la que quieres que te hable?

AGUSTÍN.

¡No... no te entiendo, Andrés! Dices unas palabras tan extrañas. Cualquiera que te oyese creería que ha pasado en tu casa algo que yo no sé...

ANDRÉS, espantado.

¿Cómo? ¿No sabes?

AGUSTÍN.

¿Qué? ¿Qué quieres que sepa? ¡Yo que he vivido cuatro años lejos de aquí, al otro extremo del mundo! ¡Habla, habla pronto, por Dios, que me estás matando!

ANDRÉS.

¡Ay, Señor, Señor... y yo que no te decía nada!
¡La alegría de volverte á ver me ha vuelto loco!

AGUSTÍN, mirando en derredor con inquietud.

¿Por qué no está aquí Susana? Corre á la puerta del fondo y llama. ¡Susana! ¡Susana! Volviendo de repente al lado de ANDRÉS. ¡Susana! Andrés, ¿dónde está Susana?

ANDRÉS.

¡Susana ha muerto!

AGUSTÍN.

¡Muerta! ¡Susana ha muerto! ¿Qué dices? No es posible; ¡por Dios, Andrés, dime que no es verdad!

ANDRÉS.

Susana ha muerto.

AGUSTÍN.

¡Señor! ¡Y para oír esto he vuelto yo! ¡Ay, los pobres ausentes saben á veces extrañas noticias á la vuelta! Pausa. Andrés, dame la mano, tu mano querida. Tu desgracia es mía también, y bien cruel, te lo juro. ¡Pero no importa! A través de nuestras lágrimas aún debemos dar gracias al cielo que me envía á tu lado para ayudarte á sufrir tu dolor. Llorando juntos, las lágrimas son menos

amargas. Soltando la mano de ANDRÉS. Dime, ¿hace mucho tiempo que se ha muerto que tú no llevas luto ya?

ANDRÉS.

Tres años.

AGUSTÍN.

¡Tres años... Dios mío!

ANDRÉS.

Imposible mandártelo á decir. No he sabido nunca dónde estabas.

AGUSTÍN, gravemente, después de una pausa.

No importa, Andrés. El luto de una pena tan grande se debe llevar siempre. Con exaltación. La mano de Dios me ha traído aquí... ¡Muerta!.. ¡Muerta!.. Hay palabras que se pronuncian sin poder llegar á comprenderlas.

ESCENA V

DICHOS y JUAN.

JUAN, cantando muy alegre.

«La pena y la que no es pena
todo es pena para mí...»

Se detiene en la puerta con un látigo en la mano izquierda y una caja al hombro. Señorito: el coche está á la puerta, y...

ANDRÉS.

¡Vete, vete! ¿Me has oído? Te he dicho que te vayas.

JUAN, entregando la caja á AGUSTÍN.

Señorito... si es la caja... la caja que el señorito me mandó traer.

AGUSTÍN, levantando la cabeza.

¿Qué? ¿Qué dices? ¡Ah, sí: ya sé lo que trae! No podía llegar más á tiempo Cogiendo la caja. Adivinalo que hay aquí dentro. Joyas... para la muerta. Devolviendo la caja á JUAN. En las novelas pasan cosas así.

ANDRÉS.

Vete, Juan.

JUAN.

Ya me voy, ya... es que le iba á decir al señorito que la señorita está en su cuarto, y que...

AGUSTÍN.

¡La señorita!

ANDRÉS, lanzándose hacia él.

Sí... sí...; ahora te diré...

JUAN.

Y como me figuraba que los señoritos querían darle una sorpresa, quería avisarles antes de que baje.

CLARA, fuera.

Ya sé quién es, ya sé quién es. Lo he adivinado, y estoy segura de que no me equivoco.

JUAN sale.

ESCENA V

AGUSTÍN, ANDRÉS y CLARA.

AGUSTÍN, de espaldas á la puerta de la izquierda.

¡Señora!

CLARA, á ANDRÉS.

¿Es él, verdad? Ese ingrato de quien tanto me has hablado... Le conozco, le conozco; tenemos su retrato arriba. Acercándose á AGUSTÍN. Buenos días, hermano.

AGUSTÍN, retrocediendo, en voz baja.

¡Es posible, Dios mío!

ANDRÉS, sonriendo tímidamente.

Mi mujer, Agustín.

CLARA.

Su hermana de usted, Agustín.

AGUSTÍN.

Usted no es mi hermana, señora.

ANDRÉS, suplicante.

¡Agustín!

AGUSTÍN.

¡Mi hermana se ha muerto!

CLARA.

¿Quiere usted que yo intente sustituirla?

AGUSTÍN, volviendo la cabeza.

¡No, no! ¡Estoy soñando!

ANDRÉS, bajo, á CLARA.

Vete, vete. Ahora tiene una pena muy grande.
Un poco más tarde... cuando esté más tranquilo...
Vamos, Clara.

AGUSTÍN, á media voz.

¡Clara!.. Se llama Clara; la otra se llamaba Susana... Clara... Susana... ¡Susana es un nombre mucho más bonito!

ANDRÉS, á CLARA.

Haz el favor.

AGUSTÍN, muy suavemente.

¡No, no! Quédese usted, quédese usted. No quiero molestar á nadie; mejor hubiera hecho en no venir... eso es todo. Va hacia la puerta.

ANDRÉS.

¡Marcharte! ¿Te quieres marchar? ¡Me quieres dejar otra vez! Pero ¿qué te he hecho, Dios mío?

AGUSTÍN.

¡Es preciso que me vaya!

CLARA.

Soy yo quien le hace huir á usted, ¿verdad? ¡Tanto me odia usted!

AGUSTÍN.

¿Por qué la he de odiar yo á usted, señora? No la conozco á usted, no quiero conocerla.

ANDRÉS, en tono de reproche.

¡Agustín!

AGUSTÍN.

Ya ves cómo es preciso que me vaya... si me quedase aquí siquiera un momento, podrían esca-

párseme ciertas palabras... que vale más que nadie oiga... Se dirige hacia la puerta.

ANDRÉS, poniéndosele delante.

Agustín, hermano, háblame; dime qué te he hecho, qué es lo que tienes que echarme en cara. ¡Pero, por Dios, no te vayas así!

AGUSTÍN, volviendo con él al centro de la escena.

¿Quieres que hable?

ANDRÉS.

¡Sí; quiero!

AGUSTÍN.

Entonces, escucha. ¿Te acuerdas de los cuentos que te contaba cuando eras niño? Pues un cuento como aquellos es el que te voy á contar antes de marcharme. El último, eso sí, el último. Oye bien. Eran dos hermanos que se querían mucho. Como el destino les dejara huérfanos muy pronto, el mayor de los dos servía de padre al otro y le había dado toda su vida. Un día, en aquel corazón consagrado al amor fraternal, nació un cariño de otra clase. El mayor de los dos hermanos se enamoró: se enamoró perdidamente, pero al principio luchó contra su amor. El pobre hombre se decía á sí

mismo que no tenía derecho á apasionarse así, que su antiguo cariño hacia el hermano se iba á ver sacrificado al nuevo. Mientras luchaba en lo más hondo de su alma... y la lucha era dura, porque la pasión le había cogido de firme, su hermano pequeño... una mañana, vino á echarse en sus brazos con el grito de guerra de los enamorados de veinte años.—¡Quiero y me quieren!—¿Y cómo se llama esa mujer á quien quieres y que te quiere?—preguntó el mayor sonriendo. Cuando supo el nombre se puso muy pálido... porque... los dos querían á la misma mujer.

ANDRÉS, precipitándose hacia él.

¿Qué dices?

CLARA, bajo.

¡Ahora comprendo!

AGUSTÍN.

Ante la confesión de su hermano, el mayor de los amantes se creyó obligado á ahogar la pasión de su alma. Como no había hablado á nadie de su amor, nadie supo lo que sufría. Además, parece que hizo muy bien las cosas, y los que estaban á su lado siempre le vieron sonreír... Durante un mes, los otros se quisieron... delante de él, y él los

miró quererse, sonriendo. Durante un mes, delante de él hablaba todo el mundo de porvenir y de felicidad, y él oía hablar y sonreía. El día de la boda llegó, y él seguía sonriendo. Pero cuando llegó la noche, un poco cansado de haber sonreído tanto, y no pudiendo sonreír ya más, el hermano mayor huyó de la casa paterna llorando todas las lágrimas que tenía dentro.

ANDRÉS, sollozando.

¡Cállate, cállate!

AGUSTÍN.

El infeliz anduvo cuatro años por el mundo; intentó olvidar... acaso olvidó. ¿A costa de cuánto sufrimiento? El cuento no lo dice. Dice solamente que un día, sintiéndose el corazón más tranquilo, quiso aquel hombre intentar una prueba, ¡la última!, y ver si podría vivir cerca de sus hermanos. Y entonces... volvió, y entonces... y ent... ¡No! Decididamente es un cuento demasiado triste... No le puedo acabar. Pausa.

ANDRÉS, acercándose á él.

Agustín... ¡en nombre de nuestro cariño..!

AGUSTÍN, sin oírle.

Querías saber por qué me había marchado aquella noche célebre, hace cuatro años; ya lo sabes.

Bajando la voz. Me marché porque tú me dijiste que la querías; pero mentiste, ¡no la has querido nunca! ¡Ah! Tengo derecho á pedirte cuentas. ¿Crees que hubiera sido yo capaz de hacer lo que has hecho tú? Si hubiera yo logrado como tú aquel tesoro; si como tú hubiera tenido el dolor de perderla, ¿habría pensado nunca en reemplazarla? ¿Lo crees...? ¡Claro! ¡Es que yo... la quería, y tú no! Bruscamente. ¿La hiciste feliz, al menos? ¡Ay! Ahora te conozco: te he tomado medida al corazón. ¡Es así de pequeño!

ANDRÉS.

Agustín, por favor, cállate, cállate. ¡No puedo seguir oyéndote hablar así!

AGUSTÍN.

No me oirás más. Ya he terminado. He dicho todo lo que tenía que decir. Ahora, haz el favor de mandar que vuelvan á bajar mis baúles y que enganchen el coche.

CLARA, á ANDRÉS.

¡Es imposible! No se puede marchar así.

ANDRÉS, sollozando.

Ocúpate tú de disponer las cosas, Clara. Yo no tengo valor. Salen por la puerta de la izquierda.

ESCENA VI

AGUSTÍN, *solo*.

¡Llorad, llorad, llorad! ¡De poco sirven lágrimas!
Esta casa ya no es mi casa, no puedo estar en ella
ni un momento. ¡Imposible, imposible! Y, sin em-
bargo, ¡qué bueno hubiera sido vivir aquí, siquiera
cerca de donde ella está, y cortar flores para ella...
Aquí está, sí; aquí está mi Susana, á pesar de todo,
y no me puedo separar de ella.

ESCENA VII

AGUSTÍN y CLARA.

CLARA, sin atreverse á entrar.

Agustín... Agustín...

Cierra la puerta y se adelanta un poco.

AGUSTÍN, volviéndose bruscamente.

¡Dios mío! Esta mujer... otra vez!

CLARA.

Dice usted bien... esta mujer... soy yo. Mientras
enganchan tiene usted que pasar aquí unos minu-
tos... y venía á ver si no necesitaba usted nada.

AGUSTÍN, muy frío.

Nada, absolutamente. Muchas gracias, señora.

CLARA, desconcertada.

Entonces... me retiro. Hace que se va, y vuelve. Había pensado que podía usted comer algo antes de marcharse.

AGUSTÍN, con un poco de impaciencia.

No, muchas gracias; no quiero nada. Buenos días, señora.

CLARA, sonriendo con tristeza.

No; decididamente no me voy todavía.

AGUSTÍN.

Pero, señora, ¿qué quiere usted de mí? Ya le he dicho á usted que no la conocía... que no quiero conocerla; ¿por qué insiste usted? Le aseguro á usted que vale más no atormentar á las gentes. ¡Las mujeres no son generosas! Se dirige hacia la puerta.

CLARA, rápidamente.

El coche no está aún listo...; ya he dicho que avisen cuando esté. Pero, entre tanto, ha de oír usted lo que tengo que decirle. ¡Oh, le aseguro á usted

que no hay más remedio! ¡Antes me mata usted que dejarle marchar sin que me oiga!

AGUSTÍN, después de haberla mirado un momento.

¡Es verdad! Olvidaba yo que en todo esto anda un orgullo de mujer por medio... Sí, comprendo; usted me odia, y se alegraría infinito de verme á cien leguas de aquí; pero entre usted y yo hay un tesón en pie, y si me marchó, pierde usted la partida; si me quedo, ¡qué triunfo! Sentándose. ¡Hable usted, señora!

CLARA.

No es en mi orgullo de mujer en lo que usted me hiere si se marcha; es en mi cariño de esposa. Si, como usted dice, sólo fuera mi orgullo el que anduviese en juego, no hubiera venido á exponerle á nuevas ofensas, á nuevas heridas. No se trata de orgullo. Se adelanta resueltamente. Se trata de Andrés, de nuestro Andrés, que sufre. ¡Y usted es quien le hace sufrir! Y yo no quiero, lo oye usted, no quiero que nadie le atormente, y le prohibo á usted seguirle atormentando. En primer lugar, no tiene usted derecho á ello, y para hacer lo que usted hace preciso es que sea usted un malvado ó un loco. Se detiene, le mira, y da un grito. ¡Dios mío! ¡Qué

estoy diciendo ahora! ¡No es verdad, no me haga usted caso! Yo soy la que estoy loca, la que no sé lo que me digo. Yo, que debiera arrodillarme delante de usted y suplicarle, le injurio á usted y encuentro malas palabras que decirle... Y, sin embargo, si pudiera abrirle á usted mi alma, no vería usted en ella más que respeto y admiración. Sí, tiene usted razón... hubiera sido más digno para Andrés el haber sido fiel á su dolor. Sí, tiene usted derecho á pedirle cuentas de su conducta, á indignarse por su derrota... Pero, créame usted, no es á él á quien hay que castigar. Yo tengo la culpa, toda la culpa. ¡Si supiera usted lo que he hecho para lograr su cariño! ¡Si supiera usted todo lo que he hecho para que olvidase...! ¡Si le dijera á usted...! ¡Pero ya he dicho demasiado, y ahora no querrá usted oirme!

AGUSTÍN, con suavidad.

Yo no la interrumpo á usted, señora. Cállese usted y siga, se lo suplico.

CLARA.

¿Sí? Entonces se lo diré á usted todo. ¡Ojalá pueda convencerle á usted, que es nuestro juez, de que aquí no hay más culpable que yo!

AGUSTÍN.

Diga usted.

CLARA.

Cuando conocí á su hermano de usted, ya llevaba un año de luto; pero ¡bien sabe Dios, que me oye!, que, después de un año, aún corrían sus lágrimas y su dolor no había envejecido ni un día. Nunca hubo viudez más austera. Vivía solo, aquí dentro, lejos de toda alegría. Su casa estaba, como su vida, cerrada á todos. Algunas veces bajaba al pueblo é iba á sentarse en un hogar bien humilde y bien pacífico... En casa de un anciano... mi tutor y mi tío... y allí le encontré por primera vez, el día mismo en que salí del colegio. Aún le veo sentado en un rincón, silencioso, vestido de negro. Estaba tan triste, que inmediatamente sentí deseos de acercarme á él para consolarle. A nosotras, mujeres, la compasión tarda poco en llevarnos al amor... No había visto más que tres veces á su hermano de usted y ya le quería con toda mi alma... El ni se enteraba, se lo juro á usted, y su pensamiento estaba bien lejos de mí. Mi presencia en la casa no había interrumpido sus visitas; eso era todo. Por mucho que yo hacía no conseguía que se fijase en mí... creo que ni me había visto... lo cual no me impedía quererle ¡y sufrir! ¡Ya lo

creo! Una tarde estaba en casa, callado como siempre en su rincón; me puse al piano, y, casi sin pensar, empecé á cantar un canto de nuestras montañas, que me gustaba mucho, porque era triste. En cuanto terminé, Andrés se acercó á mí y me pidió con voz demudada que le cantase otra vez...

AGUSTÍN.

¿Y entonces?

CLARA.

Y entonces, canté; y para él fué una emoción tremenda oírme cantar, porque dice... que aquella canción la cantaba Susana, y yo tenía su misma voz... Desde aquel día me hice confidente de su dolor; hablamos de Susana todos los días. ¡Cuántas veces le he visto llorar al nombrarla! ¡Cuántas ha jurado delante de mí que no volvería jamás á querer á otra! ¡Figúrese usted yo! Poco á poco se acostumbró á las tristes confidencias. Mi presencia le era más necesaria cada día. Verdad es que yo, ciega de cariño y siempre deseando entrar un poco más en su corazón, empleaba todos los medios... hasta los más miserables... Bajando la voz. Por él supe cómo acostumbraba á vestirse la muerta... cómo llevaba el pelo... y yo, sin que él

lo sospechase, me peinaba lo mismo que Susana y me vestía siempre de los mismos colores que ella...

AGUSTÍN, estremeciéndose.

¡Ah! es horrible. Se levanta y pasa á la derecha.

CLARA.

Y ahora, ¿qué le diré á usted ya que no haya usted adivinado?.. Después de un año de lucha, de paciencia, de angustia, sucedió lo que yo tanto anhelaba... Un día Andrés lloró sobre mi corazón; al siguiente, cayó en mis brazos, y desde entonces me creía feliz, hasta que esta mañana ha llegado usted, y toda mi felicidad se ha hundido. Lloro.

AGUSTÍN.

No se aflija usted así, señora. Mi llegada ha podido turbar un instante la paz de esta casa; pero, después de todo, me marchó y nada le impedirá á usted seguir siendo dichosa.

CLARA.

¡Dichosa! ¡ay de mí! De sobra sabe usted que no puedo serlo si usted se marcha... pero no, ¡es imposible! No se marchará usted. ¡Por Dios, se lo suplico á usted!

ESCENA VIII

DICHOS y ANDRÉS.

ANDRÉS, que ha oído las últimas palabras de CLARA, se coloca entre ella y AGUSTÍN.

¡Basta, Clara!

CLARA.

¡Andrés!

ANDRÉS.

Basta de humillaciones y de lágrimas; hemos sabido vivir felices sin él, y seguiremos viviendo.

AGUSTÍN.

Ya lo oye usted, señora. Ya puede usted tranquilizarse.

CLARA.

No le haga usted caso. ¡Si se marcha usted, no me lo perdonará nunca!

ANDRÉS.

¡Perdonarte, Clara!.. ¿Acaso eres culpable? No; si alguien aquí ha menester perdón es quien desde esta mañana se abroga derechos de acusador y de juez. A AGUSTÍN. Porque, después de todo, ¿quién eres? ¿quién te envía? ¿en nombre de quién ha-

blas? ¿de qué suprema justicia te crees instrumento? ¿Te ha encomendado Dios la misión de vengar á los muertos, á quienes se olvida, y de castigar á los vivos, cuya pena calmó el paso del tiempo? No, no; Dios, que ve nuestra flaqueza, no exige tanto de nosotros: no pide ni dolores eternos ni lágrimas inconsolables. ¡No te reconozco por justiciero! ¡No eres nuestro juez ni eres el vengador de Susana! ¡No eres más que un hombre que sufre y que quiere hacer sufrir á los demás!

CLARA, suplicando.

¡Andrés, Andrés!

ANDRÉS.

Ya le he escuchado antes: ¡ahora es preciso que él me oiga á mí! Te marchas para castigarme de haber querido á Clara. Según tú, hubiera yo debido conservar eternamente el luto, no volver á querer, sufrir siempre. ¿Es que puede uno querer ó no querer cuando se le antoja? ¡Se quiere, y nada más! A ella le tienes rencor por haber enjugado mis lágrimas; á mí, por haberme dejado consolar. ¿A qué no estabas aquí para defenderme contra ella? Tú eres fuerte, tú eres valiente... yo ya sabes que no: soy cobarde... tengo el corazón así de pequeño... tú me lo has dicho. ¿Qué quieres?

También esta vez he sido débil, he sido cobarde; pero bendigo mi cobardía, porque á ella le debo mi felicidad. Clara: no llores, no tiembles. Te juro que te quiero, y que nada hay para mí más precioso en el mundo que esta mano tuya que estrecho ahora contra mi corazón.

AGUSTÍN, sordamente.

Pues estréchala bien, para que esta vez nadie venga á quitártela.

ANDRÉS.

Ven, Clara: dejemos á este corazón implacable. No te conoce, no sabe cómo eres, ni que tienes misión de consolar en la tierra.

AGUSTÍN.

De todos modos, perdóneme usted; puede que haya sido hasta injusto. ¡Cuando se sufre tanto!

ESCENA IX

DICHOS y JUAN.

JUAN.

Señorita: he bajado los baúles, y el coche está listo.

CLARA.

¡Vete!

JUAN.

Es que se hace tarde, y como los caminos están malos, más vale salir antes de que anochezca.

AGUSTÍN, dirigiéndose al fondo.

Está bien; ya voy.

CLARA.

¡Agustín!

ANDRÉS.

¡Hermano!

AGUSTÍN.

No, no; para vosotros y para mí vale más que me vaya... Sí, es preciso; no podemos vivir aquí los tres.

CLARA.

Pero si yo hago todo lo posible para que usted no me vea ni me oiga nunca; si consigo hacerle olvidar á usted que existo... Ocuparé tan poco sitio...

ANDRÉS.

Ya la oyes. Vete, si te atreves, ahora.

AGUSTÍN.

Acabaréis por volverme loco entre los dos. ¿No veis lo que sufro al tener que arrancarme de aquí? ¿No comprendéis que estoy amarrado á esta casa por todas las fibras de mi corazón, y que al marcharme dejo en cada rincón un pedazo... un harapo de mí mismo?

CLARA.

Pues no se vaya usted. ¡Esta es la casa de Susana, y ya no podemos vivir los tres en ella; usted sólo es quien debe vivir aquí!

AGUSTÍN.

¿Cómo?

ANDRÉS.

Tiene razón; tú no puedes ser feliz más que aquí.

AGUSTÍN.

¿De veras? ¿Seríais capaces de hacer eso? ¿De dejarme esta casa? ¿Y vosotros?

CLARA.

Nosotros tenemos el mundo entero para vivir queriéndonos.

AGUSTÍN.

Clara, Clara, me ha vencido usted; deme usted la mano. Alargando la otra mano á ANDRÉS. Bien dices que tiene misión de consolar. Sí, acepto vuestro sacrificio; pero, en cambio, todo cuanto me pertenece es vuestro; yo ya no necesito nada en el mundo. Perdonad á este pobre loco todo el daño que os ha hecho, y puesto que en todas partes, fuera de estas paredes, tenéis derecho á quereros, quereos sin remordimientos y sin escrúpulos. Ahora, gracias á vosotros, mi vida va á tener un fin. Esta muerta necesita alguien que la recuerde y que lleve luto de viudez por ella; su viudo será yo, que la he querido tanto y que al fin voy á poder decírselo. ¡Voy á vivir solo, aquí, en esta casa, donde todo habla de ella; sufriré, lloraré..., y no habré sido más feliz nunca... nunca!

ANDRÉS.

Pero, aunque no vivamos juntos, nos veremos á menudo, ¿verdad, Agustín?

AGUSTÍN.

Sí, muy á menudo. Bajo. ¡Pero no aquí! Acercándose á la ventana. ¡Ay, Susana, Susana! ¡Qué

cuento tan raro de contar, ¿verdad? el de un pobre hombre que era viudo á pesar de no haberse casado nunca!

TELON

